

ANA GIMENO, *UNA TENTATIVA MONÁRQUICA EN AMÉRICA*.
EL CASO ECUATORIANO, QUITO, BANCO CENTRAL DEL ECUADOR, 1988, 496 pp.

El voluminoso libro de Ana Gimeno publicado por el Centro de Investigación y Cultura del Banco Central, reconstruye los pormenores de la frustrada expedición organizada por Juan José Flores en 1846-47 en el teatro de operaciones español y europeo, tras su exilio provocado por la revolución marquista que lo derrocó de la Presidencia de la República en su tercer mandato.

Sustentada en una amplia documentación inédita rastreada en varios Archivos españoles y ecuatorianos y otras fuentes documentales publicadas, es una obra de innegable valor que aporta al conocimiento histórico de España, Ecuador y América, y muy particularmente al conocimiento biográfico de Juan José Flores en aquellos poco conocidos años de su exilio post-presidencial.

Una fuente de especial importancia constituye las Memorias de Senén de Buenaga que fue el Comandante de la expedición floreana en los primeros meses. El profesor Demetrio Ramos refiere en una nota preliminar al libro, las vicisitudes que atravesaron él y su discípula Ana Gimeno para obtener una copia de esta valiosa fuente. Sustentándose en ella, el libro entrega una serie de detalles de la empresa expedicionaria, que en momentos incluso resultan excesivos para el lector no especializado.

La hipótesis de la autora es que la expedición floreana obedecía a un plan para restaurar la monarquía en Ecuador y otras naciones vecinas, contando con el aval del gobierno español que buscaba una Corona para uno de los hijos de la Reina Madre, María Cristina.

Esta hipótesis se inscribe en el planteamiento de algunos historiadores y en concreto de otro de los profesores de la autora, Jaime Delgado Martín, que en base a investigaciones realizadas sobre la política española hacia sus ex-colonias americanas en el período postindependista, concluye que "el gobierno español no solo abandonó su política americanista durante el s. XIX, sino que la orientó, al menos en dos momentos trascendentales, hacia una intervención directa en el proceso histórico político de aquellos países. Se trataba en definitiva de un intento de reconstrucción del antiguo Imperio español en América, y se realizaron, primero bajo el mando del General Narvaez entre 1845 y 1849, y, después, bajo el Gobierno de O'Donnell, entre 1859 y 1862" (p. 15, Prólogo).

Según Ana Gimeno "no cabe ninguna duda" de que el proyecto floreano fue el de la restauración monárquica en la que el General expresidente ocuparía alguna posición preponderante. No obstante, pienso que la autora no prueba de manera concluyente esta hipótesis.

Ella misma, en más de una ocasión, expresa juicios como los siguientes: "de este plan floreano conocemos muy pocos datos, insuficientes para permitirnos formar una clara idea de lo que pudo ser" (p. 62); o "este caso que nos ocupa, muy oscuro en algunos aspectos. . ." (p. 119), etc. Hacia el final, en las conclusiones del libro nos anuncia un

"significativo rastro" que le hace afirmar que el proyecto floreano "no fue más que la parte visible de una gran iceberg, de un extenso plan. . .", pero se trata de un fragmento de un escrito sin fecha y sin firma, que ella presume que fue escrito por Ricardo Wright y que se refiere a la expedición floreana. . .

Muchas de las posibles evidencias que ella aporta a lo largo del texto para sustentar su hipótesis, son escritos diplomáticos, protestas, rumores, etc. que se refieren a la expedición floreana como un proyecto con propósitos monárquicos. De hecho tal afirmación procedía en muchos casos de los propios agentes diplomáticos ecuatorianos, y fue una de las tesis de los gobiernos marcistas para ignorar la unidad nacional y la defensa frente a las intenciones floreanas de retornar al Ecuador.

También incluye la autora, cartas de Flores a los miembros del gobierno español en las que se habla o sugiere el tema de la monarquía, pero tales referencias bien pueden interpretarse como pronunciamentos tácticos del hábil político venezolano para lograr el apoyo de la monarquía a su empresa expedicionaria.

Otros múltiples escritos y correspondencia de Flores que la propia autora cita, dirigida hacia personajes ingleses o latinoamericanos, muestran precisamente este comportamiento de Flores: decir a cada cual lo que considera oportuno para lograr su apoyo o su opinión favorable. Así, en Inglaterra nunca se presentó la expedición ni siquiera con su carácter militar que resulta evidente, sino como una empresa colonizadora; y la versión más difundida fue que sus planes obedecían al legítimo derecho de regresar a su país en el que se habían desconocido sus derechos como Presidente Constitucional según los acuerdos de La Virginia firmados con el gobierno marcista.

El libro de Ana Gimeno desarrolla el tema de la expedición floreana, a partir de la información sobre los contactos y preparativos que se realizan en España y Europa, y esta ubicación de la autora le da una perspectiva que es a la vez la riqueza y el límite de su investigación. Su riqueza, porque le permite un conocimiento directo y fresco del hecho en sí y sus pormenores inmediatos, aportando inestimables datos concretos. Pero su límite, porque al analizar antecedentes y propósitos de la expedición, no consigue superar una visión superficial y "externa" del ambiente y contexto ecuatoriano y americano postindependentista.

El desencanto sobre la situación de penuria económica y desorden político imperante en las nóveles repúblicas americanas, no produjo mecánicamente —como pretende la autora— una vuelta a los proyectos monárquicos y restauradores, sino una larga y compleja confrontación de posiciones entre republicanos liberales y autoritarios centralistas —no precisamente monárquicos— (entre los que se cuentan Bolívar y Flores, sin duda) que pugnan por "adecuar las instituciones liberales a la realidad americana"; precautelando la propiedad terrateniente y el orden interno.

En esa confrontación se fueron fraguando los distintos proyectos políticos y estilos de gobierno que se alternaron a lo largo del siglo XIX, y que incorporaron también, en más de una ocasión, las pretensiones de articular a varios países, partiendo del contexto de naciones insuficientemente constituidas del siglo pasado.

Es probable que los propósitos del gobierno español —principal auspiciante de la expedición floreana— hayan sido la restauración monárquica en América, y que las hipótesis de Delgado Martín y Ana Gimeno sean acertadas en lo que a la política española se refiere; pero ello no implica por extensión, que no quepan dudas de que los propósitos de Flores u otros líderes americanos de la época hayan sido exactamente los mismos.

Al menos no tenemos evidencias concluyentes de ello, tampoco en este libro de Ana Gimeno.

Tal vez el que anuncia Demetrio Ramos basado en las memorias de José Joaquín de Mora, secretario particular del General Santa Cruz, nos hagan cambiar de opinión en este punto.

Sibyla Vega Ugalde

WASHINGTON PADILLA J., *LA IGLESIA Y LOS DIOSOS MODERNOS. HISTORIA DEL PROTESTANTISMO EN EL ECUADOR*, QUITO, CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 1989.

Esta obra del Pastor Protestante Washington Padilla aborda el tema de una manera radicalmente distinta: reivindica, precisamente desde una convicción personal; la trayectoria y misión del protestantismo en el país, sin dejar de asumir, al mismo tiempo, una visión crítica de esa misma historia, sobre la que el autor busca fundamentos objetivos para caminar en función de lo que considera la palabra de Dios en la tierra.

En su recuento histórico, el autor observa que recién con la independencia y fundación de la República se dieron las primeras condiciones para la difusión del protestantismo en Ecuador. Sin embargo, los difusores afrontaron, desde entonces, la arremetida del fanatismo clerical y conservador inspirado entre los ecuatorianos por la Iglesia Católica. La Revolución Liberal encontró apoyo entre los protestantes, que no tardaron en ser instrumentos para afianzar el laicismo y la separación Iglesia-Estado, lo que les valió la más beligerante reacción de los sectores católicos. Con el inicio del siglo XX la difusión del protestantismo fue estrechando vínculos con la expansión imperialista y proclamando, en consecuencia, una "misión profética" y "salvadora" que identificó la "palabra de Dios" con el modelo capitalista liberal, principalmente norteamericano. Pero sólo desde mediados de siglo fue creciendo la presencia protestante, que definitivamente se expandió desde 1962. Para entonces quedó claramente definido un tipo de Protestantismo inspirado en el fundamentalismo conservador, comprometido con el orden establecido e identificado con las estrategias anticomunistas de los Estados Unidos. La proliferación de "sectas" en los años 70 y 80 acentuarán, precisamente, el papel de tales estrategias.

A través de esta historia puede comprenderse una nueva dimensión de las luchas sociales en torno a cuestiones religiosas, que nos descubre los terrenales intereses de la Iglesia Católica por garantizar su monopolio confesional. Es que conocíamos a la Iglesia confrontada con las fuerzas liberales, pero faltaba ver su "praxis" contra el protestantismo. Al mismo tiempo, el libro presenta a las misiones y pastores protestantes bajo un signo ejemplar y hasta profético, más allá de las condiciones históricas que en cada momento limitaron su acción. En efecto, tiende a comparar "lo histórico", lo real, con el "ideal" contenido en el Evangelio: con ello se juzga lo "malo" de la historia de la Iglesia en tanto se alejó de la "verdadera" misión. Así, se introduce una visión "de futuro", que demanda el cumplimiento de la "palabra de Dios" en nuestra tierra.

Bajo tal perspectiva. Padilla sostiene que el principio liberal de separación de "lo religioso" y "lo político" conlleva una paralización inaceptable de la acción evangélica,

criterio que nos parece coincidente con el que también practica en otras épocas la Iglesia, que creyó obligatoria la participación de todo católico en la política " y aún más, en apoyo al Partido Conservador —. Pero en esa unión de lo sagrado y lo secular, Padilla entiende que se esboza otro contenido, que ha de conjugar justicia y pueblo. Aquí radica una nueva dimensión del Protestantismo, que reconoce la necesidad de romper con las estrategias ideológicas del imperialismo y exige una praxis comprometida con la transformación liberadora de América Latina y que encuentra la salvación del hombre en su historia real y concreta y no en el mundo etéreo del cielo. Es el lado "revolucionario" de un protestantismo que, por ser popular, es comparable al espíritu que animó a la "Teología de la Liberación" entre los católicos y que algunos no tendrán empacho en acusar como un "protestantismo-comunista".

Ahora bien, esa concepción no ha de impedirnos señalar que existe también entre los protestantes identificación con causas históricas distintas. No habiendo unidad, está claro que otras investigaciones han demostrado el papel instrumental que, bajo intereses norteamericanos, todavía cumplen la sectas protestantes en América Latina. Ha de admitirse, en consecuencia, la posibilidad del combate latinoamericano contra aquellos sectores Protestantes o de la propia Iglesia Católica ajenos a los intereses populares. Y, sobre todo, cabe reivindicar el carácter laico y pluralista del Ecuador, que es, precisamente, garantía para la liberación de la conciencia nacional, frente a quienes quisieran reeditar en el Estado definiciones religiosas.

Juan Paz y Miño Cepeda

EDUARDO KINGMAN G., (COORD.), LAS CIUDADES EN LA HISTORIA
 QUITO, CIUDAD, 1989, 456 PP.

¿Quién construyó Tebas la de las siete puertas de oro? En los libros se mencionan los nombres de los reyes ¿Acaso los reyes acarrearón las piedras? (B. Brecht)

Con el perdón de Pierre Vilar podríamos decir que entre nosotros —léase los andinos— la historia urbana es una historia en construcción. Resulta, en verdad, poco original, afirmar que el campo y la ciudad son mundos opuestos pero complementarios que no deberían entenderse ni estudiarse por separado. Si pese a la redundancia debemos recordarlo es porque en la producción historiográfica andina —la ecuatoriana no es una excepción— es francamente notorio el desbalance en favor del primer tema. Literalmente cientos de libros y artículos exploran desde todos los ángulos todos los temas posibles que hacen a la trama agraria. ¿Moda? ¿Oportunidades de financiamiento? ¿Preferencias personales? ¿Espacios propicios para ejercitar utopías? Vaya uno a saber. Lo cierto es que en contraste la historia urbana parece una hermana pobre que todavía espera su día de fiesta.

Por suerte el silencio empieza a quebrarse. Una prueba es el libro, coordinado por Eduardo Kingman Garcés, *Las Ciudades en la Historia*. Resultado de un seminario realizado en noviembre de 1987 con la participación de arquitectos, historiadores, economistas y escritores, contiene 22 artículos agrupados en 7 secciones cuya sola enumeración nos da la pauta de la vasta amplitud temática que cubre la obra: *Visiones*

de conjunto (A. Narváez; V.H. Torres; J.L. Coraggio). *Los asentamientos andinos* (G. Ramón, I del Pino). *Ciudades y proceso colonial* (A. Ortiz Crespo; J. Benavidez Solís; I. González). *Ciudades y transición* (R. Moreira; M. Chiriboga; R. Gutiérrez; R. Ferrín). *Las ciudades intermedias*. (G. Villavicencio/H. Godard; L. Achig/F. Landívar, C. Larrea Maldonado). *Ciudades y mundo indígena* (M. Moscoso; E. Kingman G./A.M. Goetchel/C. Mantilla). *Ciudad y vida cotidiana* (C.H. Bustos/M.E. Castelo; A.M. Goetchel/E. Kingman G.; C. Ortiz Arellano; N. Kingman; A. Carrasco Vintimilla/C. Cordero Espinosa). Geográficamente, aunque el predominio serrano es sensible, están representadas todas las regiones ecuatorianas. La cronología no es menos amplia. Se encuentran desde artículos que escudriñan los asentamientos prehispánicos hasta los problemas urbanos más recientes. En medio, en diálogo solitario, una reflexión teórica sobre los procesos de transición social. En esta amplia gama de opciones no falta tampoco la diversidad metodológica. Cada academia mira y cuenta la ciudad — por separado — y desde su propio ángulo. Los arquitectos con diseño de urbanistas, los escritores con humor en la palabra, los historiadores con el tiempo en la memoria.

Es esta condición abigarrada la que expresa, al mismo tiempo, la riqueza y debilidad del libro. Lo primero porque proporciona varios e interesantes puntos de entrada para seguir el devenir de la trama urbana en el Ecuador. Indispensables, por lo demás, para alentar investigaciones futuras. Lo segundo, para decirlo rápidamente, en razón de la ausencia de una definición uniforme y precisa de los límites de la historia urbana. Todavía bajo su confuso manto se cobijan temas muy diversos que exigen ser deslindados. Parece necesario evitar la tentación, no ausente en algunos artículos del libro, de reducir la "historia de las ciudades" a la evolución de la morfología urbana o de ampliarla hasta abarcar todos los acontecimientos sucedidos *en* las ciudades.

Finalmente. Si, como diría Lucien Febvre, el hombre (y la mujer) son las presas del historiador, los trabajos de Galo Ramón; Eduardo Kingman/Ana María Goetchel/Cecilia Mantilla y Martha Moscoso incluidos en el libro, abren inéditas perspectivas para pensar la ciudad como un espacio de construcción del poder señorial. Como ellos muestran con claridad, en los Andes la paradoja radica en que las ciudades, concebidas por españoles y criollos como el paradigma de la "civilización", se alzaron —no sin resistencia— sobre los hombros y las mentes de los "bárbaros" indios y los sectores populares. Dicho de otra manera: la historia de la modernidad citadina es la historia de la afirmación cultural —que se expresa en el uso del tiempo y el espacio urbano— de los sectores dominantes. Metodológicamente seguir esta pista debería llevarnos a acortar las distancias entre la historiografía urbana y la agraria.

En resumen, por todas estas consideraciones, *Las Ciudades en la Historia* sienta un valioso precedente académico, a la par que abre perspectivas en un área que reclama máxima atención.

Gustavo Rodríguez Ostria

El contenido de este volumen abarca dos etapas de la historia temprana de los andes ecuatorianos, la primera se refiere a las sociedades indígenas del actual Ecuador vísperas de la conquista europea, es decir, los pueblos nativos de comienzos del siglo XVI de Segundo Moreno y los incas de Udo Oberem; y la segunda, es una primera aproximación a la cosmovisión andina de las sociedades agroalfareras de Jorge Marcos.

Sus autores, especialistas en antropología e historia de los andes septentrionales, abordan el estudio tomando los aportes que la antropología neoevolucionista y marxista han desarrollado para conceptualización de las sociedades no capitalistas. Este tipo de enfoque permite una lectura diferente de las fuentes documentales tradicionales, la utilización de nueva documentación de origen administrativo, y en algunos casos la reinterpretación de la evidencia arqueológica.

Segundo Moreno elabora una muy buena síntesis de los estudios sobre las sociedades indígenas antes de la conquista inca, tomando dos criterios: el grado de desarrollo social y el geográfico. Para el primero propone dos tipos de sociedades: tribales y señoríos étnicos; y para el segundo asume la clásica división sierra, litoral y amazonía, en base a las cuales describe las distintas formaciones políticas de acuerdo a su ubicación espacial. Caracterizando a las sociedades altoandinas como de señoríos y cacicazgos, a las de la amazonía claramente como sociedades tribales y a las del litoral, bajo estas dos categorías.

El grado diferencial de riqueza en información documental y en estudio no permite al autor presentar un trabajo parejo para todas las regiones, en tanto hay zonas en donde los estudios son escasos y por consiguiente las propuestas de explicación y la aplicación de las categorías de análisis se quedan cortas, es el caso de muchos pueblos del litoral.

Esta diferencia se deja ver en sistemas de interpretación más coherentes y fundamentados para los pueblos de la sierra en los que el mayor soporte empírico proviene de la documentación escrita; en cambio se nota una ausencia de evidencia escrita para los pueblos del litoral y de la amazonía, con un mayor aporte de la arqueología pero referido en su mayor parte a los períodos formativos y de desarrollo regional.

El sustento empírico de su estudio es la diversa producción de la historiografía tradicional, los pioneros aportes de la antropología de Jijón y Caamaño hasta las recientes contribuciones de la arqueología y la etnohistoria andina, recuperando datos primarios preferentemente de crónicas y relaciones tempranas.

El trabajo de Udo Oberem estudia la conquista y la aculturación de los pueblos indígenas de la región norte del Tawantinsuyo a partir de la expansión inca. Para lo cual toma como referencia el proceso de surgimiento y organización del estado quichua y sus distintos mecanismos de dominación.

El estado inca es visto como una sociedad redistributiva y en el estudio de su economía política se enfatiza en los sistemas de circulación de bienes y servicios. Para evaluar el grado de incanización del mundo andino septentrional, el autor, examina la difusión de algunas instituciones incas como los mitmaquna, el camino real, los tambos, los esquemas duales de organización socio-política, entre otras. De igual manera estudia la cultura material como reveladora de los distintos grados de presencia inca.

Los estudios andinos postulan que el grado de influencia inca fue diferencial de acuerdo a la zona y a la época de conquista, de ahí que los indicadores del grado de aculturación tienen que ser evaluados justamente en torno a estos criterios, y las evidencias hasta hoy obtenidas por la arqueología y la etnohistoria no permiten una visión particularizada de los efectos en las dos fases de conquista que propone Oberem. Sin embargo la presentación del tema es ágil y didáctica, y recupera e integra los nuevos aportes y modelos en la comprensión de las sociedades andinas prehispanicas.

Las fuentes utilizadas son crónicas tempranas, algunos papeles administrativos, y sobre todo estudios contemporáneos en torno a lo inca.

El trabajo de Jorge Marcos es una propuesta sobre el manejo de indicadores arqueológicos para entender el pensamiento andino y toma como ejemplo de análisis la cultura Valdivia en sus distintas fases. Examina algunas variables, como la conformación de los asentamientos, prácticas alimentarias y la presencia de figurinas; y postula una correlación entre cambios económicos y cambios en rituales y en prácticas funerarias, estas últimas evidenciadas en restos materiales trabajados por la arqueología.

El trabajo es una propuesta inicial que requiere de una mayor contextualización del problema, sin embargo es sugerente en tanto incursiona en una temática poco trabajada por nuestra arqueología, la cosmovisión de sociedades tempranas.

Cristóbal Landázuri N.

NUEVA HISTORIA DEL ECUADOR, VOL. 6: INDEPENDENCIA Y PERÍODO COLOMBIANO,
QUITO, CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL-GRJALBO, 1989, 312 pp.

El volumen contiene estudios que detallan las condiciones que rodearon los procesos de la preindependencia, la independencia y el período en el cual, como Distrito del Sur, participamos de la Gran Colombia. La estructura del libro responde a la lógica tradicional de comenzar el examen del fenómeno independentista a partir de las influencias en él de la situación internacional, sin embargo, los autores de este acápite Jorge Nuñez y José Sosa, en forma no tradicional ubican las coordenadas geopolíticas y económicas mundiales del desarrollo del capitalismo, sobre las cuales se explican las acciones anticoloniales del criollismo iberoamericano, y las bases del surgimiento del neocolonialismo vigente hasta el día de hoy en nuestros países.

El proceso de la independencia de Quito estudiado por Carlos Landázuri Camacho aporta, siguiendo a Demetrio Pamos Pérez, una visión alternativa a la forma como ha visto el fenómeno la historia tradicional ecuatoriana. Quito aprovecha la coyuntura de invasión de España por Napoleón para concretar los proyectos autonomistas que en su interior habían madurado desde mucho antes, mas sus postulados de autonomía se expresan fundamentalmente como necesidades de independencia económica y política de Bogotá y Lima. Esto en un primer momento. Descabezado el movimiento quiteño, Quito de primera expresión insurgente, sin cuadros dirigentes y aprisionado en las redes de la represión colonial, pasa a constituirse en uno de los últimos reductos españoles. Serán fuerzas continentales, el ejército bolivariano, las que decidan su destino, y su destino estuvo condicionado por tal situación: nos integramos como Distrito del Sur a la Gran Colombia.

Indudablemente el proceso independentista no puede ser explicado suficientemente sino se aclaran muchos fenómenos de carácter económico y super-estructural. El primer rubro de la realidad lo aborda Nick Mills en su estudio pionero sobre el tema donde destaca los aspectos relacionados con la demografía y la estructura social, la producción y las relaciones de trabajo, y donde introduce la variable regional para entender los desarrollos económicos y sociales distintos de Quito, Guayaquil y Cuenca. El segundo aspecto, el que se refiere a las condiciones intelectuales que propiciaron y estuvieron presentes en la Independencia, las aborda Carlos Paladines. Este argumenta que hubo transformaciones de las instituciones educativas en el s. XVIII, que el estudio de Descartes, de la física, de las matemáticas y la renovación del derecho y de la historia apuntalan en ciertos sectores sociales posiciones ilustradas, críticas a la sociedad colonial, las cuales desbordan a fines del siglo en francas posturas autonomistas. Expresión de ellas fue Espejo. La ilustración es el soporte ideológico de las élites criollas que desean liberarse de España. Al momento ésta es una ilustración contestataria. Ya en el poder los criollos, asumen también la ilustración como su filosofía, más ésta ahora es autoritaria.

Jorge Núñez estudia detalladamente la participación del Departamento del Sur en la Gran Colombia. Examina los conflictos de dicho ensamblaje: los problemas derivados de una economía regional que tiene que seguir financiando la guerra, la que después de Junín continúa en Pasto y Tarqui; el abastecimiento del ejército; el abuso del nuevo poder militar; los proyectos económicos liberales auspiciados por Santander adversos a los de Quito y la inestabilidad política por el inminente declive de la influencia de Bolívar en la dirección del Gran Estado. Además analiza las condiciones de desestructuración de la Gran Colombia, el acrecentamiento de la lucha de los poderes locales y regionales contra el poder central y el auspicio de los Estados Unidos a los proyectos separatistas. En fin Núñez, describe las contradicciones que gestaron la fundación del Estado ecuatoriano al desmembrarse de Colombia.

El estudio final del libro escrito por Manuel Chiriboga destaca el comportamiento distinto y contrapuesto de los sectores dominantes regionales de la Real Audiencia de Quito en el proceso independentista. Explica dichas posiciones en los diferentes procesos económicos que Quito, Guayaquil y Cuenca adoptan durante los siglos XVI y XVII y en especial a partir de las reformas borbónicas. Quito afectada por ellas y por la crisis de Potosí ingresa en un decaimiento económico que potenciará su descontento hacia la corona, en cambio Cuenca y principalmente Guayaquil, reciben el beneficio de las medidas y hasta bien avanzadas la guerra de independencia continúan a favor de la dominación colonial. Sin embargo ingresan a las filas independentistas cuando inevitable era el triunfo de los patriotas. Las divergencias de los diferentes élites regionales se mantienen en la Gran Colombia y continúan en la república. Ninguno de los sectores es portador de un proyecto nacional, de allí que para Manuel Chiriboga "el Ecuador es un espacio geográfico accidental" donde se localizaron las diferentes fracciones dominantes al momento de separarse de la Gran Colombia. Esta la tesis medular del autor en su estudio. Si bien todos los trabajos que se presentan en el volumen son una superación cualitativa a las versiones tradicionales — heroicas sobre el tema, no es menos cierto que algunos de ellos son investigaciones cuyas ideas centrales ya tienen un buen tiempo de circulación en el medio, y que en algunos casos nuevos puntos de vista, en los últimos años, han enriquecido sus pioneras apreciaciones. Por otra parte el libro no deja de

transpirar los olores de la escuela histórica liberal-conservadora de vieja guardia, esto es, su tendencia hacia la historia política. Empero, este fenómeno es un síntoma del estado del desarrollo de nuestra disciplina, donde la presencia de las fuerzas de la producción y de los actores sociales, en especial de los dominados, no aparecen todavía en los escritos de nuestros historiadores del período.

En definitiva, a pesar de lo anotado, el volumen es un avance, es un paso más en el conocimiento de esta historia en permanente construcción.

Milton Luna Tamayo